

## Algunas consideraciones en torno del concepto de narcisismo<sup>1</sup>

Juan Vives Rocabert<sup>2</sup>

La cuestión del narcisismo es un concepto base dentro de la teoría psicoanalítica, aunque como veremos, contiene múltiples significados e incluye una variedad de acepciones desde diversos niveles epistemológicos de nuestra disciplina. Para entrar directamente en materia, su postulación quedó bastante bien definida en 1914, cuando escribió su trabajo seminal titulado *Introducción al narcisismo*. Esta no fue, sin embargo, la primera ocasión en la que hizo referencia a este concepto, ya que encontramos una primera mención en su estudio sobre Leonardo, donde nos hace saber que una forma de entender la génesis de la homosexualidad del gran genio del Renacimiento tuvo que ver con la represión del amor a la madre y una identificación con ella, agregando luego: “Decimos entonces que encuentra sus objetos eróticos por el camino del *narcisismo*” (Freud, 1910, p. 1599). Desde este escrito, Freud apunta a la posibilidad de una elección narcisista de objeto cuando este último debe de ser igual al sujeto.

### I

Un poco más adelante, encontramos una nueva mención del narcisismo en relación al caso Schreber, estudio en el que Freud inserta su convencimiento de que debe de haber un estadio en el desarrollo psicosexual entre el autoerotismo y el amor objetal: es la fase del narcisismo. Sin embargo, con gran frecuencia se ha pasado por alto en los estudios sobre el tema del narcisismo, una importante mención que hace Freud en una de las cartas que

---

1 Trabajo presentado en la Sesión Científica “Mesa de tres voces sobre el Narcisismo”, de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, en la ciudad de México, el 12 de noviembre de 2022.

2 Psicoanalista titular y vitalicio con funciones didácticas, Asociación Psicoanalítica Mexicana; psicoterapeuta de grupo, Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica de Grupo.

envió a su novia Martha Bernays, fechada el 16 de junio de 1883 mientras estaba en París estudiando con Charcot. Misiva en la que se explaya largamente sobre la problemática del suicidio mientras comenta la muerte de su amigo Nathan Weiss, médico ayudante en la clínica neurológica, carta en la cual establece la relación del suicidio de su amigo con la presencia de un narcisismo patológico.

Recordemos que se trata de una carta fechada ¡en 1883!, y dada su importancia para la historia de los procesos autodestructivos que giran alrededor de la dinámica del narcisismo, comentaremos con cierta amplitud. En dicha misiva, Freud le confiesa a su novia estar bastante deprimido ya que en ese momento estaba regresando del funeral de su amigo Nathan Weiss quien el día trece se había quitado la vida ahorcándose en una casa de baños públicos. Se trata de un sujeto que tenía apenas un mes de casado y hacía apenas diez días que había regresado de su Luna de miel. Al morir dejó dos cartas: una, en la que pedía a la policía que se avisara con mucho tacto a sus padres sobre su muerte, y la otra, para su esposa. Cuando a sus amigos les avisaron de la tragedia, Freud se resistió a creer tan lamentable noticia en función de tratarse de un hombre lleno de “pasión, vigor y amor hacia la vida.” (Freud, 1883, p. 57) “¿Por qué lo hizo? -se preguntaba Freud. Estaba a punto de lograr todo aquello por lo que había luchado, le habían nombrado *Dozent*, gozaba de una reputación considerable en su especialidad, había conseguido una clientela numerosa por dirigir un departamento del Hospital y acababa de casarse. Ahí está el móvil. Se desconocen los detalles que le impulsaron al suicidio, más no cabe duda de que éste guarda relación con su matrimonio.” (*Ibidem.*)

Luego de comentarle el impacto que dicho suceso le provocó, Freud va pormenorizándole a su novia las impresiones que en él emergieron acerca de las causas que motivaron el suicidio de su amigo. Como después iba a ser característico de su modo de proceder, empieza enumerando los aspectos constitucionales, luego las determinantes familiares y, finalmente, los factores precipitantes actuales. Entre los primeros, concluyó que la muerte fue “una consecuencia lógica de su temperamento. Sus buenas y malas cualidades se aunaron para destruirle.” (*Op.cit.*, p. 58) En segundo término, al hacer referencia a los antecedentes familiares, describió al padre -que era profesor en un colegio religioso de Viena- como “un hombre duro, malo y brutal” y a la madre como una mujer sencilla y resignada que nunca estableció vínculos profundos con su esposo. De los tres hijos, uno de los hermanos se había suicidado, pegándose un tiro, seis meses atrás, por

no poder llenar las expectativas paternas. Sólo Nathan y el otro hermano pudieron hacer algo; sin embargo, el primero fue el más dotado y poseía grandes atributos intelectuales, habiendo salido adelante en función de una gran fuerza personal que le impulsaba hacia el éxito, energía que también provocaba que tuviese muy mal carácter.

Dentro de los factores personales, este “amor hacia sí mismo” era de tal magnitud que Freud no dudaba en calificarlo como una auténtica “auto-adulación”, que se acompañaba de una actitud poco escrupulosa acerca de los medios a los que tuviera que recurrir con tal de conseguir sus fines. Incapaz de cualquier tipo de autocrítica, “dejaba a un lado, olvidaba o se perdonaba a sí mismo todo cuanto había hecho de malo y aquello que pudiera arrojar sobre él una luz desfavorable (...) Su desproporcionado sentido de la propia importancia solía ir acompañado por una energía insólita y una capacidad considerable para conseguir cosas subrepticamente, sin que ya nunca soltase su presa.” (*Ibidem.*) Más adelante, en la misma carta, Freud se exhibe en la descripción de una caracterología claramente narcisista (“extraía placer de sus propias palabras, de sus propios pensamientos y aún de las acciones más insignificantes e indiferentes de la vida cotidiana, y estaba convencido de que nadie podía hacer nada tan bien como él”) (*Op. cit.*, pp. 58-9), carácter que concordaba con una personalidad de corte hipomaniaco (“se comportaba invariablemente como lo haríamos las demás personas después de haber bebido una gran cantidad de champaña, mostrándose ligero, seguro de sí mismo y divertido”) (*Op. cit.*, p. 59).

No deja de resultar interesante la amistad de Sigmund Freud con Nathan Weiss al que describe como un sujeto que “era incapaz de todo sentimiento amistoso y [que] podía estar conversando durante años enteros con alguien sin preguntarle ni una sola vez por sus asuntos personales” (*Op. cit.*, p. 60). Resulta digno de reflexión el hecho de que el creador del psicoanálisis tuviese una estrecha amistad con quien no encontraba ningún tipo de reciprocidad. Al parecer Freud tenía una amistad entrañable con el doctor Weiss si tenemos en cuenta la depresión en la que cayó al enterarse del funesto suceso,

Pero, como ocurre en estos casos, sólo después de su muerte comenzaron a saberse cosas que siempre se habían ocultado con anterioridad. De ahí que considerase que, entre las causas precipitantes, Freud describiera a Nathan como obsesionado por conseguir novia, lo que para él significaba una forma de adjudicarse un nuevo motivo de éxito y de no verse disminuido ante sus compañeros de trabajo que sí tenían prometida. De esta suerte, le comentaba

a Martha acerca de las tres candidatas que, luego de muchos intentos, tuvo a bien considerar para contraer matrimonio. Lamentablemente su elección recayó sobre una muchacha -Helene F.- que lo rechazó desde el principio, aunque la familia lo aceptó desde el primer momento. Esta chica, de 26 años, que había rechazado ya muy buenas propuestas matrimoniales, “le encontraba demasiado arrogante e ineducado, y que poseía otras mil faltas de las que tendría que desembarazarse.” (*Op.cit.*, p. 61) Cuando, luego de las presiones de la familia, ella se decidió a aceptarlo, su amigo entró en una eufórica felicidad, que duró poco tiempo dando paso a una depresión. A su vez, también “la muchacha dio en ponerse melancólica, en llorar y en apenas hablar, sin extraer el más leve gusto de su compañía.” (*Ibidem.*) Así las cosas, el noviazgo evolucionó de una forma lamentable, incluyendo la sugerencia que Helen le hiciera a Nathan de que mejor sería que desposara a una de sus hermanas. Todo el mundo trató de disuadirlo sobre un matrimonio fincado en tan maltrechas bases; Freud incluso le comentaba a Martha: “le imploré entonces, instándole para que tratase de hacerse a la idea de que ella no le quería, y le sugerí que... se fuera de viaje.” (*Ibid.*) Sin embargo, todos los consejos fueron en vano y las presiones de la familia de ella precipitaron tan desastrosa boda. Después de haberle descrito a su prometida la historia de su infortunado amigo, Freud concluye:

“¿Qué pudo impulsarle a adoptar tan fatal resolución? ...estimo que la tardía revelación de un enorme fracaso, la cólera inducida por su rechazada pasión, la furia que sintió ante el sacrificio de toda su carrera científica, de su entera fortuna, para lograr tan sólo una catástrofe doméstica, y puede que también la irritación de verse privado de la prometida dote y su incapacidad para enfrentarse con el mundo y confesarlo todo..., tales circunstancias, cuya revelación se vio precedida por una serie de escenas que sirvieron para abrirle los ojos, llevaron a este hombre, demencialmente vano (y que, en cualquier caso, sufría graves fluctuaciones emocionales), al borde de la desesperación. Le mató la suma total de sus características, su *narcisismo patológico* aunado al anhelo de disfrutar de las cosas buenas de este mundo.” (*Op.cit.*, p. 63)

Como podemos ver, más de treinta años antes de su medular trabajo sobre el narcisismo (y adelantándose muchos lustros a la descripción del “carácter narcisista” que sistematizara Wilhelm Reich 1933), en la descripción del cuadro clínico de su amigo, Freud utiliza el concepto de narcisismo con

toda pertinencia y adecuación (!). Incluso podemos advertir cómo su descripción de un *narcisismo patológico* se ajusta con lo que, andando el tiempo, conoceremos como narcisismo negativo (Solís, 1976) o narcisismo de muerte (Green, 1983). Como podemos advertir, desde aquellos remotos tiempos ya Freud establecía como un factor de consideración significativa para explicar el suicidio de su amigo, la presencia de un narcisismo maligno. A través de esta historia, es claro que la herida narcisista sufrida por una personalidad extremadamente frágil y con muy baja tolerancia a la frustración, unida a su necesidad de vengar dicha herida a través de un suicidio de características psicóticas nos explican la causa del predominio de los impulsos autodestructivos en el doctor Weiss -suicidio cuya dinámica interna nos conduce a suponer una suerte de homicidio rabioso de ese objeto interno que era Helene F. y que le había contrariado profundamente.

Esta carta nos ayuda a entender que el creador de nuestra disciplina, desde sus andanzas en París con Charcot; es decir, en la prehistoria del psicoanálisis, ya intuía con toda pertinencia el concepto y la dinámica del narcisismo como una estructura de la personalidad o, al menos, como un rasgo de carácter. Sin embargo, y para no adelantarnos en la historia del concepto, tenemos que recordar que en la primera teoría instintiva esbozada por Freud en sus *Tres ensayos sobre teoría sexual* de 1905, teoría que seguía muy de cerca las formulaciones de Charles Darwin (uno de sus ídolos intelectuales), se dividían los instintos en dos grupos: aquellos destinados a preservar la integridad del individuo, los instintos de auto-conservación -a los que más adelante denominó como instintos del Yo (Freud, 1910b)- y aquellos otros destinados a preservar la continuidad de la especie, es decir, los instintos sexuales. En estos ensayos de 1905 encontramos la primera definición formalizada de instinto como concepto límite entre lo biológico y lo psíquico: “Bajo el concepto de ‘instinto’ no comprendemos primero más que la representación psíquica de una fuente de excitación, continuamente corriente o intrasomática, a diferencia del ‘estímulo’ producido por excitaciones aisladas procedentes del exterior. Instinto es, pues, uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico.” (Freud, 1905, p. 1191) Y agrega: “lo que diferencia a los instintos unos de otros y les da sus cualidades específicas es su relación con las *fuentes* somáticas y sus fines. La fuente del instinto es un proceso excitante en un órgano, y su fin más próximo está en hacer cesar la excitación de dicho órgano.” (*Ibidem.*) La importancia de lo anterior, es que esta conceptualización dualista le permitía a Freud teorizar en relación a las neurosis como un conflicto entre los instintos sexuales y

los de auto-conservación, disyuntiva que no podrá sostener en sus trabajos ulteriores, principalmente a partir de su estudio sobre el narcisismo.

Además de las menciones ya señaladas en el estudio sobre Leonardo y en el caso Schreber, Freud también hizo mención de este concepto en su estudio sobre los fundamentos de las religiones, es decir, en *Tótem y tabú*, de 1912-13, donde al hablar del animismo y la omnipotencia de los deseos, invoca la cualidad narcisista que determina dichas fantasías universales. Muy poco tiempo después, en un trabajo sobre la neurosis obsesiva (Freud, 1913), nos advierte sobre el narcisismo como una fase normal del desarrollo libidinal de los seres humanos, dado que en la dinámica del autoerotismo se comprueba como la energía libidinal se concentra en el propio cuerpo.

No fue sino hasta 1914, luego de las efímeras y circunstanciales menciones en algunos trabajos previos, ya señaladas con anterioridad, Freud publicará *Introducción al narcisismo*, trabajo seminal donde define a dicha condición, entre otras cosas, como una de las posibilidades del destino de la energía libidinal. Esta última, derivada del instinto sexual, podía investir a los objetos o al propio Yo, dando lugar a la libido objetal y la libido narcisista. En este momento Freud aborda el problema irresoluble del amor. Según su concepción, la persona que ama y que inviste al objeto con su libido, se queda empobrecida, mientras que cuando dicha libido regresa a su Yo, el sujeto se ve enriquecido. En lo personal, pienso que dicha teorización derivada de una concepción hidráulica de la libido que, a la manera de vasos comunicantes, si se decanta hacia un lado lo hace en detrimento del opuesto es muy discutible, dado que en la clínica y en la vida diaria, no hay nada que promueva mayor sensación de expansión y plenitud del Yo que estar enamorado, de amar. Lejos de empobrecerse, el Yo siente que se engrandece en virtud de conectarse directamente con los instintos de vida.

Freud, en este trabajo central, también reitera su opinión de que el narcisismo constituye una etapa normal del desarrollo libidinal, así como una de las modalidades de catectizar narcisísticamente la elección de objeto (el ejemplo de Leonardo es paradigmático en este sentido, dado que sus elecciones libidinales de adolescentes lo figuraban a él mismo en su propia adolescencia, al tiempo que él se identificaba con su amorosa madre).

Al mismo tiempo, también encontramos que el narcisismo es una de las formas de la perversión, y hay autores que consideran que las perversiones en general contienen un elemento de narcisismo negativo, de narcisismo de muerte, ya que dichas perversiones son expresión, esencialmente, de los instintos destructivos. Para estos autores hay una cierta familiaridad entre

las nociones de perversión (un concepto psicoanalítico) y la perversidad (un concepto ético). Por ejemplo Stoller (1975) considera que la perversión es una forma erótica del odio, concepto con el que concuerda Janine Chasseguet-Smirgel (1998) quien considera que la perversión es una forma de venganza en relación a traumas infantiles, de heridas narcisistas que, con la venganza (en forma de perversión), se transforman en un triunfo adulto. “La perversión se relaciona con la megalomanía del narcisismo, la voluntad de poder... Lo que está en juego en el acto perverso es la destrucción no sólo de la diferencia entre los sexos y las generaciones sino, en última instancia, todas las diferencias.” (Chasseguet-Smirgel, 1998, p. 689) No creo que sea casual que muchos de los postulados de las actuales teorías *queer* y del género líquido, que pretenden abolir las diferencias sexuales, por lo que seguramente estos movimientos serían calificados por Chasseguet-Smirgel, como perversos desde su misma esencia teórica.

Más adelante, Freud nos explica cómo es que la retracción del narcisismo al Yo es la génesis de las llamadas neurosis narcisistas, es decir, la causa de los padecimientos psicóticos. Este ha sido uno de los temas más controvertidos incluso en vida de Freud, dado que su idea de que las “neurosis narcisistas” no eran susceptibles de ser influidas por el psicoanálisis, dada la imposibilidad de estos pacientes de hacer transferencias, chocó con las experiencias clínicas de sus seguidores. Empezando por su discípulo más inteligente, Karl Abraham, quien en sus estudios sobre la esquizofrenia y la melancolía (1908, 1911, 1924) abrió las puertas para el estudio de las psicosis y Víctor Tausk (1919) contribuyó al entendimiento de los procesos psicóticos. Poco después tanto la corriente comandada por M. Klein y sus colegas como las ideas derivadas del discípulo incondicional Paul Federn (1952), todos ellos rectificaron las opiniones de Freud y aseguraron que los pacientes psicóticos eran tratables y propugnó por una técnica basada en una serie de parámetros específicos. A partir de entonces, son legión los investigadores y clínicos del psicoanálisis que tratan pacientes psicóticos con mayor o menor fortuna, algunos modificando las estipulaciones del encuadre, pero otros, como Bion (1953, 1955), siguieron usando el encuadre clásico de los pacientes neuróticos. Fue justamente Bion (1957), quien explicó con mayor acuciosidad esta posibilidad de abordaje al postular la existencia de partes psicóticas y no-psicóticas de la personalidad, co-existiendo gracias a los mecanismos de escisión del Yo.

Como podemos ver, en estos momentos el narcisismo no se circunscribe a señalar el movimiento de la libido cuando inviste al yo o al sujeto, dado

que la libido puede investir al cuerpo, a la imagen corporal, al Ideal del Yo y al *Self*. Un ejemplo de lo anterior lo tenemos en esas formas de la paranoia corporal que llamamos hipocondría, en la que la libido inviste una fantasía en relación con la imagen corporal, así como puede investir a un órgano enfermo como ocurre en las llamadas patoneurosis por Ferenczi (1916-17), en las que la libido se concentra en la región lastimada físicamente con fines “reparatorios”. Además de lo anterior, Freud da origen a los conceptos de narcisismo primario y secundario, términos no bien definidos y usados con cierta confusión en este trabajo; el primero referido al Yo ideal -Yo placer o Yo hedónico- y el segundo al ideal del Yo -estructura precursora del ulterior Superyó de la segunda tópica-. El narcisismo primario resulta de ideas referidas a una fase uterina (Bela Grumberger, (1975) o del recién nacido, que tiene que ver con una estructura que atraviesa lo materno, con el sentimiento oceánico y la ilusión de completud; mientras que el Ideal del Yo, depositario del narcisismo secundario, transita por el territorio de lo paterno, de lo simbólico, de la palabra. Un buen ejemplo de narcisismo primario, de Yo Ideal lo podemos ver en su proyección en la figura de Dios: omnipotente, omnisciente, omniabarcativo y atemporal, con una capacidad absoluta para crear o para destruir.

## II

En su trabajo sobre *Los instintos y sus destinos*, de 1915, Freud establece que el narcisismo es una etapa del desarrollo situada entre el autoerotismo y el amor objetal; dicho en otros términos, el autoerotismo en la forma en la que el objeto de la libido es el propio cuerpo, el propio Yo. Poco tiempo después, en la 27ª conferencia de sus *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1915-17) complementaría algunas de las nociones apenas esbozadas en 1914 y postula que muy probablemente el estado de narcisismo sea universal y originario a partir del cual, más adelante en la historia de su maduración podrá ir desarrollando el amor de tipo objetal. Mediante una metáfora referida a los pseudópodos que emite la amiba, describirá al narcisismo como una fuerza cuyo reservorio está en el sujeto mismo que, eventualmente, podrá dirigir hacia el afuera, hacia un objeto y, de esta forma, investirlo. Estas cargas siempre podrán ser restituidas al Yo, como sucede por ejemplo en el proceso de dormir donde el sujeto retira todas sus conexiones con el mundo externo y regresa a un estado semejante al periodo fetal de su existencia, situación que es descrita como un *narcisismo total*



-tesis que ya nos había adelantado en su trabajo metapsicológico *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños* de 1917.

El último de sus trabajos de Metapsicología dados a la imprenta, *Duelo y melancolía*, de 1917, representa un avance al determinar la distinción entre el duelo normal y la melancolía en virtud de que, en esta última, la elección objetal estuvo fuertemente teñida de elementos narcisistas, por lo que la pérdida del objeto, arranca simultáneamente un pedazo del propio Yo, para decirlo gráficamente y para sintetizar la tan reproducida frase de Freud: “la pérdida, causa de la melancolía, es conocida al enfermo, el cual sabe a *quién* ha perdido, pero no lo *que* con él ha perdido.” (Freud, 1917, p. 2092) Además de que los ataques dirigidos al propio Yo y que tienen que ver con la identificación con el objeto perdido, toman esa modalidad de autoagresión en virtud de la ambivalencia, presente en todas las relaciones humanas, pero particularmente intensa en el sujeto melancólico.

Tendrán que pasar muchos años para que Freud, en *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921), pueda concebir, ya con claridad, al narcisismo como estructura. De ser destino libidinal el narcisismo, ya secundarizado y en íntima relación con los procesos de identificación, ha devenido una parte del aparato psíquico. Recordemos que al comienzo de la existencia, la relación de objeto es indistinguible de los procesos de identificación, ya que aún existe una carencia de distinción entre el Yo y el no-Yo. De ahí que la primera elección objetal, que es la madre, coincida con la primera identificación también con la figura de la madre, tanto en los niños como en las niñas. Un poco más adelante y una vez conseguida la separación-individuación (en términos de Mahler, 1968, 1975), la estructuración del Ideal del Yo será tan importante, ya que de ella depende la determinación de la identidad psicosexual de los sujetos. De esta manera, el niño, en su evolución hacia la madurez sexual, deberá poder des-identificarse de la madre (que fue su primer objeto de identificación desde su nacimiento) para, de esta forma, poder decantarse hacia la figura del padre e ingresar a la fase del Edipo negativo que está vehiculizada con libido homosexual. De esta forma, el niño idealiza la figura del padre, al que percibe como grande, fuerte y sabio y, gracias al mecanismo de identificación, tratará de ser como él. La consecuencia de su paso por el Edipo negativo será, por una parte, que estructurará una clara identidad al identificarse a sí mismo como varón; y, en segundo término, estará en condiciones de pasar a la siguiente etapa del Edipo positivo, por lo que deseará a la madre y verá como rival a su antiguo héroe, como sabemos desde Sófocles. Y concomitantemente, reafirmará como una derivación sin contratiempos de su identificación como varón, lo

que conocemos como una elección heterosexual de objeto.

Lo mismo pasará con la niña en su relación con su madre, aunque en esta última, el proceso es mucho más precoz y no ofrece tantas dificultades como en el varón, dado que en la niña esa primera identificación con la figura materna seguirá siendo sintónica a través de todo su desarrollo y su continuación sin solución de continuidad en el Edipo negativo. Con la consecuente idealización de la madre como la mujer más bella, inteligente y sabia, por lo que la resultante de su identificación como mujer será un proceso mucho más terso y, de esta forma, estará en condiciones de entrar al Edipo positivo, donde tendrá que abandonar su primera elección objetal de tipo homosexual con la madre, para acceder a una elección heterosexual de objeto.

Como podemos ver, en la epigénesis del varón, el proceso de identificación primaria tendrá que ser abandonado para acceder a una identificación psicosexual como hombre, mientras que la primera elección objeto será ya de tipo heterosexual y permanecerá de esta manera -en condiciones afortunadas- para el resto de su vida. En la mujer el proceso es al revés: gracias al proceso de identificación primaria, la niña podrá retener y afirmar dicha primera identidad como mujer -en condiciones afortunadas- por el resto de su vida; sin embargo, tendrá que cambiar su primera elección objetal, de tipo homosexual con la madre, y mutarla por una elección de tipo heterosexual.

De cualquier manera, uno de los residuos de la estructuración del Ideal del Yo, depositario del narcisismo secundario, tendrá que ver con el tipo de mirada que nos dirigimos a nosotros mismos, es decir, con el espinoso tema de la autoestima. En este sentido me parece razonable no confundir los atributos del Ideal del Yo, investido con libido homosexual del Edipo negativo, de aquellos otros que singularizan a la estructura superyóica, heredera del Complejo de Edipo positivo y de la angustia de castración, e investida con energía en la que predominan los elementos tanáticos del Ello. Creo que la clínica nos justifica dicha distinción y nos autoriza a deslindar una estructura de la otra, al revés de lo que Freud realizó al fusionarlas, dado que las problemáticas derivadas de conflictos con el Superyó, se manifiestan clínicamente, en lo esencial, con la culpa y la vergüenza, incluyendo los sentimientos inconsciente de culpa, las neurosis obsesivas y las psicosis, los que fracasan ante el éxito, la reacción terapéutica negativa y los estados melancólicos, hasta desembocar en la rebuscada problemática propia del suicidio.

Por su parte, los conflictos derivados del Ideal de Yo tendrán su manifestación primordial alrededor de la autoestima, en el logro de las aspiraciones e ideales que el sujeto se propone, en ocasiones manifestados en pacientes en los que se da una incapacidad para sentirse satisfechos por muchos logros que acumulen en sus vidas, dado que sus aspiraciones se estructuraron desde una idealización de tipo omnipotente e inalcanzable en la realidad. En sujetos cuyo talante depresivo y/o pesimista deriva de una sensación de insignificancia personal, de pequeñez y banalidad que los hace ávidos buscadores de suministros narcisistas -no existiendo, obviamente, nada que pueda colmar dicha necesidad de reafirmación desde el afuera-. En fin, de todo aquello que interfiera para alcanzar ese Ideal que se constituyó en la relación con el progenitor del mismo sexo, incluyendo la estructura de la identidad subjetiva. Lo primero tiene que ver con las faltas, los pecados, lo segundo con las aspiraciones y los ideales; se trata de instancias psíquicas distintas a mi modo de ver.

Uno de los problemas a los que Freud tuvo que enfrentarse luego de publicar su trabajo sobre el narcisismo, y que constituyó una segunda formulación sobre su teoría de los instintos, es que cayó en la cuenta que la energía de los instintos sexuales era la misma que la que hacía posible los instintos de auto-conservación, es decir que unos y otros empleaban a la libido para cumplir sus fines, ya fuera la preservación del individuo o de la especie. Esto implicaba, de entrada, dos problemas: en primer lugar, que se quedaba con una teoría instintiva monista en vez del dualismo previo, y, en segundo término, que debido a lo anterior se quedaba sin su teoría de las neurosis como derivada de un conflicto entre ambos instintos antagónicos. Finalmente, también constituyó un grave motivo de preocupación el darse cuenta de que se había acercado peligrosamente a la versión de Carl G. Jung quien había discutido con él insistiendo en una sola forma de energía psíquica -por cierto no caracterizada como libidinal sino como una suerte de energía neutra.

El problema pudo resolverlo seis años después con la publicación de *Más allá del principio del placer* (1920) donde postuló la existencia de dos fuerzas primordiales actuando en el psiquismo. De esta forma, pudo unir a los instintos de auto-conservación y sexuales en el concepto de instintos de vida o Eros, fuerza a la que se oponen los instintos destructivos o instintos de muerte. De esta suerte, Freud pudo restablecer una teoría instintiva de tipo dualista y, por tanto, retomar su noción de conflicto entre ambas fuerzas instintivas. Claro que ahora llevó sus conclusiones mucho más lejos, pues

se dio cuenta que la vida misma está regida en su totalidad por el equilibrio, siempre precario e inestable, entre Eros e instinto de muerte; incluso se hizo portavoz del presocrático Empédocles al suscribir estas dos fuerzas como sinónimos de la concordia y discordia del filósofo agrigentino para entender las fuerzas que rigen al universo.

Este trabajo fundamental de la Metapsicología freudiana requiere, sin embargo, una revisión a profundidad de una herencia de Gustav Fechner: la teoría del *displacer-placer* y la idea, basada en el simplismo fisiológico del arco reflejo, de que el psiquismo *desea* deshacerse de cuando estímulo penetre en el sistema. De lo contrario las tesis que “sostienen” la hipótesis del instinto de muerte no tendrían base de sustentación. El aparato psíquico, por el contrario, es un sistema ávido de estímulos, tanto del medio interno como del medio externo, ya que gracias a ellos, transformados en lo que hoy conocemos como información, son la base de sustentación del Principio de Realidad. En la medida en que el aparato psíquico acceda a más y mejor información, en la misma medida será su mejor capacidad de supervivencia personal desde la perspectiva de los instintos de auto-conservación y mayor su capacidad para reproducirse y promover la continuidad de la especie humana, desde la perspectiva de los instintos sexuales.

Pero un año antes de su tercera teoría instintiva de 1920, Freud publicó un trabajo titulado *Lo siniestro* (1919) en el que, a propósito de un cuento de E.T.A. Hoffmann titulado *El arenero*, nos introduce en el tema del doble; tema particularmente socorrido por las mitologías de todas las culturas conocidas, origen del primigenio concepto de alma como el doble inmortal de los seres humanos -una forma de negar las evidencias sobre la inevitabilidad de la muerte y causa de las concepciones dualistas del ser (mente y cuerpo, cuerpo y alma, etc.). Trabajo precursor del escrito paradigmático de Otto Rank de 1925, así como, en nuestro medio, las contribuciones de L. Chagoya (1976) quien lo abordó en relación al tema de la problemática narcisista en la gemelaridad, y los de J.L. González (1979, 1980), en sus trabajos sobre el problema del doble en la pareja, e incursionando en la mitología pre-hispánica de México, sobre Xolotl, el dios doble. En estricto sentido, el escrito de Rank vino a corroborar la inmensa razón de las diversas mitologías y de muchas obras literarias (*El doctor Jekyll y el señor Hyde*, de R.L. Stevenson, sería sólo un ejemplo paradigmático de algunas de ellas).

Uno de los mitos más conocidos al respecto, es el relatado por Platón en *El Banquete*, donde establece la teoría de que los seres humanos eran

originalmente dobles -con cuatro brazos, cuatro piernas y dos cabezas- y que los dioses decidieron partirlos por la mitad, por lo que, desde entonces, todos los hombres y todas las mujeres están tratando de encontrar su doble, su otra mitad que les complemente. Bella metáfora acerca de la atracción sexual y del amor, que nos habla de que las pasiones son fuerzas irreductibles e ingobernables, demoníacas, que empujan a los seres humanos más allá de sus propias voluntades y en pos de objetos ideales con la ilusión de lograr la tan deseada completud.

No nos resulta extraña la referencia al fenómeno del doble, dado que en su origen mítico, la leyenda de Narciso está referida, por partida doble por cierto, al fenómeno del doble, ya que el efebo mira en el agua su reflejo, es decir, al doble de su persona. Como bien ha dejado señalado Hagelin, “todo el mito de Narciso adquiere relieves muy singulares cuando al leer a Frazer en su *Rama Dorada*, descubrimos la trascendente significación que revestía para los antiguos *el alma como sombra y como reflejo*.” (Hagelín, 1885, p. 122) De la misma forma, nos resulta lógico que el mito esté íntimamente ligado a la figura de Eco, la ninfa enamorada de Narciso y despechada, que repite incansablemente su desgracia en ese eco que es el doble de la voz emitida.

No deja de ser llamativo que según la versión más popular del mito de Narciso contada por Ovidio en las *Metamorfosis* (8 d.C.) -y que Hagelin nos ha recordado puntualmente-, el joven Narciso es el hijo de una violación ejercida por el dios-río Cefiso, existente en Beocia, sobre la oceánida Liríope. El embarazo no deseado de Liríope transcurrió lleno de lamentos y tristezas. Sin embargo, cuando nació su hijo, al que puso por nombre Narciso, volvió a estar alegre pues el niño “era bello y gracioso y, por cierto, al crecer sería amado por los dioses y las diosas, las Ninfas y las mujeres mortales.” (Civita, II, p.1973, p. 433) Cuando Liríope quiso saber sobre el destino de su hijo, consultó al adivino Tiresias, quien le contestó: “Si, tendrás una larga vida, siempre que no llegue jamás a observarse, a escudriñarse.” (*Ibidem*) Pero llegó el día en que, Narciso reparó en su imagen reflejada en las quietas aguas de una fuente y prendado de sí mismo, allí quedó sin poder sustraerse a dicha fascinación, por lo que murió de hambre, sed y soledad.<sup>3</sup>

---

3 El mito que recoge Ovidio y que plasma en el Libro III de sus *Metamorfosis*, dice textualmente: “...la azul Liríope, a quien un día el Cefiso aprisionó en su sinuosa corriente y, cautiva en sus aguas, la violó. De su vientre grávido dio a luz la bellísima ninfa un niño que ya en aquel momento hubiera podido despertar la pasión amorosa, y le llamó Narciso.

No deja de ser interesante que en el relato del mito según Pausanias, Narciso, al mirarse en el agua, lo que ve es la imagen de su hermana; en otras palabras, el varón que se mira en el espejo de la fuente, lo que mira es la imagen reflejada de una mujer (Pausanias, 160-180 d.C., Vol. III, p. 638), elemento mítico que abona la concepción psicoanalítica de la bisexualidad constitucional de ser humano, pero que también es una situación que daría mucho que discutir en relación a las personas transgénero cuya sensación subjetiva, es que poseen un cuerpo de un sexo distinto al de su identificación psicosexual, aunque ese no es el tema de esta Mesa.

De cualquier manera, entendemos en este mito que Narciso nació no como resultado de una relación preñada de amor, sino como el producto de una violencia ejercida en contra de su madre quien, de esta forma, tuvo que tolerar una existencia no deseada dentro de ella (Vives, 1999). De hecho, pensamos que el mito de Narciso nos remite más que al desarrollo

---

Consultado sobre si este niño llegaría a ver la longeva edad de una vejez avanzada, respondió el vate portavoz del destino: 'Si no llega a conocerse a sí mismo'. Durante mucho tiempo pareció vana esta fórmula del adivino: pero la hizo valer el resultado, la realidad, el género de muerte y lo inaudito de la locura... Perseguía él un día hacia las redes a los espantados ciervos, cuando lo vio la ninfa de la voz, la que no ha aprendido ni a callar cuando se le habla ni a hablar ella la primera, Eco, la resonadora... cuando vio a Narciso, que erraba por campos solitarios, y se enamoró, le seguía los pasos a escondidas; y cuando más le sigue, más cerca siente la llama que la hace arder... Desdeñada, se esconde en la espesura, llena de vergüenza se cubre el rostro de ramaje, y desde aquel momento vive en cuevas solitarias... el muchacho, fatigado por la pasión de la caza y el calor, fue a tenderse, atraído tanto por la fuente como por la belleza del sitio. Y mientras ansía apaciguar la sed, otra sed ha brotado; mientras bebe, cautivado por la imagen de la belleza que está viendo, ama una esperanza sin cuerpo; cree que es cuerpo, lo que es agua. Se extasia ante sí mismo y permanece inmóvil y con el semblante inalterable, como una estatua tallada en mármol de Paros. Apoyado en tierra contempla el doble astro de sus ojos, sus cabellos... sus mejillas lampiñas, su cuello de marfil, la gracia de su boca y el color sonrosado que se mezcla con una nivea blancura, y se admira él de todo lo que le hace admirable. Se desea a sí mismo sin saberlo, gusta el mismo a quien gusta, al solicitar es solicitado, y a la vez que enciende arde... así él se deshace consumido por el amor y va siendo devorado poco a poco por el oculto fuego... [hasta que] dejó caer en la verde hierba la cabeza fatigada. La muerte cerró aquellos ojos que admiraban la belleza de su dueño. Aún entonces, recibido ya en la mansión infernal, seguía mirándose en las aguas de la Estige... Y ya preparaban la pira y el blandir de antorchas y el féretro; por ninguna parte aparecía su cuerpo; en vez de su cuerpo encuentran una flor amarilla con pétalos blancos alrededor de su centro..." (pp. 78-83). Como podemos ver en este mito, el narcisismo es la base de sustentación de la homosexualidad, de un sujeto que sólo puede amar a quien sea exactamente como él, lo que constituye, entre otras cosas, una negación flagrante de la diferencia entre los sexos.

de esta fase normal del desarrollo, se refiere a las problemáticas de tipo narcisista, a la patología derivada de fallas importantes en la estructuración de la estructura narcisista. Como bien ha señalado Balint (1968), son los elementos carenciales, aquello que debiendo de ocurrir no ocurrió durante el desarrollo debido a fallas en la función materna y fallas en la función paterna, como también ha mencionado Winnicott en muchos de sus escritos. Si bien es cierto que los elementos traumáticos que lesionan el narcisismo creciente del bebé humano constituyen un elemento particularmente determinante, no son menos traumáticos y definitorios los elementos carenciales, los llamados *traumas por defecto* que, en el trabajo cotidiano, aparecen con claridad en cierto tipo especial de transferencia (Vives, 1988, 2016). De hecho, si atendemos al mito antedicho, veremos cómo los elementos eróticos del mismo han sido rebasados por los componentes de los impulsos destructivos y la dinámica del odio. De hecho, el amor sirve para cubrir o reprimir el elemento agresivo, tanático, la violencia originaria, lo cual nos remite a ciertas conceptualizaciones en torno de que los impulsos del Eros cabalgan siempre sobre la siniestra fuerza del instinto de muerte (Vives, 2013).

Si nos remitimos al mito, tanto Narciso como Eco, su ninfa eternamente enamorada de él, mueren en un estado de caquexia e inanición, dado que el narcisismo les impide comer y beber hasta el grado de caer desfallecidos y morir. Pienso que estos elementos contenidos en los mitos de Narciso y Eco nos son indicativos sobre la potencia del instinto de muerte en las problemáticas que giran alrededor del narcisismo; ya que esta fuerza mortífera es capaz de vencer a una de las más poderosas motivaciones instintivas del ser humano: los instintos de auto-conservación. En la muerte de Narciso, los instintos del Yo quedan subyugados y abatidos por la destrucción tanática.

Según las ideas de Luis Hornstein, “la perturbación narcisista se hace notar como riesgo de fragmentación, pérdida de vitalidad, disminución del valor del yo.” (Hornstein, 2000, p. 15) Lo anterior es indicativo de que dichas perturbaciones giran alrededor de los problemas que son provocados por la falla básica y determinan que la estructura narcisista no pueda establecerse con normalidad, por lo que “el narcisismo trófico será sustituido por agujeros psíquicos propios del narcisismo de muerte.” (*Op.cit.*, p. 57) De esta manera, podemos ver que la hegemonía de la agresión y el odio en los pacientes con trastornos narcisistas de la personalidad, es un hallazgo siempre presente y que ha sido destacado por todos los investigadores que

han incursionado en el tema, desde los trabajos de André Green (1977), hasta las consideraciones teóricas y terapéuticas de Otto Kernberg en torno de los Trastornos Narcisistas de la Personalidad (1975,1976), las aportaciones de Masterson (1981) así como en las consideraciones de Heinz Kohut (1971, 1977) en su Psicología del *Self* sobre los problemas de malformación de las estructuras narcisistas debido a fallas empáticas en los padres, así como su manifestación clínica en los diferentes tipos de transferencias narcisistas reseñadas por él. Este predominio del odio puede ser rastreado desde la presencia de cierto tipo de fantasías tanto preconceptivas como durante el embarazo (Vives, 1991).

No podríamos dejar atrás el mito de Narciso sin abordar otra de las formulaciones básicas incluidas en él, me refiero a la constitución del sujeto y sus determinantes en el llamado estadio del espejo, tanto en las conceptualizaciones de Lacan (1949), como en las de Winnicott (1971a, 1971b). Lo anterior es importante porque nos constituimos como sujetos desde la mirada del otro (la madre y su propio narcisismo) y, dependiendo de las vicisitudes de dicho espejeo, nos formaremos una imagen de nosotros mismos partiendo de la forma como fuimos mirados. Esta dinámica, por cierto, es la que sostiene la explicación sobre la transmisión transgeneracional de una serie de contenidos inconscientes desde el psiquismo de la madre hasta el aparato psíquico del bebé apenas en formación. En este sentido, la famosa afirmación lacaniana de “el Yo es otro”, quizás debería ser repensada en detalle en virtud del equívoco que puede ocasionar. Pensamos que el Yo no es otro, si esto fuese cierto resultaría en un tipo de enajenación propia de las psicosis -y hay que entender que tanto las consideraciones de M. Klein como de Lacan no nos autorizan para pensar al ser humano en sus inicios ontogénicos como un sujeto psicótico, cuando lo más que podemos decir es que ostenta un psiquismo primitivo y en formación progresiva.

La cuestión a debatir tiene que ver con el hecho de que el auto-concepto, la estructuración del propio ser, del *Self*, está determinada por la forma en la que el otro me miró. El que lo anterior sea radicalmente trascendente en la constitución del sujeto, no implica la ajenidad del mismo. Hay que recordar que parte del desarrollo del infante humano incluye fases en las que puede ya distinguir entre el Yo y el no-Yo, y al parecer, algunos elementos de este tipo de maduración ya pueden ser detectables luego de un par de días después del nacimiento. Sin embargo, hay que dejar apuntado el hecho de que la mirada de la madre con frecuencia sufre de vicisitudes derivadas de las diferencias existentes entre sus fantasías narcisistas en relación al



nacimiento de un bebé perfecto, bellissimo (como Narciso) y sin mácula, en contraste con el bebé real que nace y que, independientemente de que sea cubierto por los deseos narcisistas maternos, no por ello dejan de ser radicalmente distintos del bebé ideal fantaseado. De ahí la frecuencia de la depresión post-parto de algunas mujeres (Vives y Lartigue, 1994).

En este punto es necesario recordar un párrafo de Freud en *Más allá del principio del placer* (1920) en el que, a propósito de la necesidad de modificar su teoría previa (*Tres ensayos...*) en relación al masoquismo; este concepto pasó de secundario a ser un masoquismo originario, primario, manifestación primera del instinto de muerte cuya acción se lleva a cabo y manifiesta en el propio sujeto. Por lo que la única solución posible es que el narcisismo, la libido narcisista, desplace a las pulsiones destructivas que operaban en el seno del propio sujeto y las proyecte hacia el afuera, convertidas en agresión. Esta operación, nos dice Freud, es aquella gracias a la cual el sujeto puede superar las fuerzas del instinto de muerte e insertarse en la vida, es la que permite el existir en vez del morir del sujeto. Este es el momento en el que el narcisismo, soberano ahora en el núcleo mismo del sujeto, se convierte en estructura, en la base misma del ser, de la mismidad, se trata de la constitución del sujeto, base de la identidad como ser y de la autoestima, cuando las cosas marchan más o menos adecuadamente. Asimismo, es la base de la posibilidad de tener advertencia sobre nosotros mismos, así como de nuestra finitud. De ahí la insistencia de Heinz Kohut desde 1971 en su *Psicología del Self* sobre las problemáticas de malformación de la estructura narcisista, fundamental para un desarrollo armónico del sujeto, aunque pensamos que luego este gran pensador perdió el rumbo. Desde esta perspectiva y las aportaciones de Balint (1979) y Guntrip (1971), es posible entender, como lo hace Hornstein, que la problemática derivada de carencias en la estructuración de este narcisismo se manifiesten como “dificultades en la regulación de la autoestima, desesperanza, alternancias de ánimo, apatía, hipocondría, trastornos del sueño y del apetito, ausencia de proyectos, crisis de ideales y valores.” (Hornstein, 2000, p. 16)

Mención aparte es la cuestión de que en *Introducción al narcisismo* también contiene referencias a formas positivas de dicha investidura, pero también a formas negativas de la misma -como más adelante habrían de fundamentar Hernán Solís (1976), André Green (1983) y su concepto de narcisismo de muerte, Herbert Rosenfeld (1987) y su trabajo con el narcisismo destructivo en pacientes psicóticos, y Christopher Bollas (1989) con su noción de anti-narcisista, entre otros muchos. Entre otras

cosas, el narcisismo puede manifestarse como capacidad creativa, como la vivencia de un potencial omnipotente para la creación (que puede llegar a manifestarse como un Complejo de Jehová de E. Jones, 1913), como ocurre en los cuadros de manía; o como capacidad omnipotente para la destrucción, dependiendo de que en dicha estructura predominen los instintos de vida o los instintos de muerte (como ha puntualizado con toda pertinencia André Green con sus conceptos de *Narcisismo de vida*, *Narcisismo de muerte*). Se trata de un placer que no está ligado con la libido o la sexualidad, sino con el goce narcisista. En la clínica de los neuróticos obsesivo-compulsivos se advierte como no son capaces de renunciar a sus fantasías de muerte, y están dispuestos a pagar con un torturante sentimiento de culpa la indistinción entre una fantasía (ojala se muera, como clara expresión de un deseo) y la realidad: el homicidio, con tal de conservar la sensación de que sus pensamientos son omnipotentes.

El propio Green, en 1984, avanzó un paso más en sus teorizaciones y nos dio a conocer una hipótesis en la que conceptualizaba el narcisismo negativo como aquella fuerza que tiende al nivel cero, fuerza que tiene que ver con la función desobjetalizante de la pulsión de muerte. En la clínica es interesante corroborar que los pacientes pueden virar desde un deseo omnipotente para la creatividad, deseo que obviamente se frustra, y hacer un viraje hacia una actitud omnipotente para la destrucción. Aunque cambia radicalmente 180 grados el vector desde la creación hasta la destrucción, lo que queda indemne es la omnipotencia. “Si no puedo ser como Dios, un creador de Universos, seré como Satanás, un destructor de los mismos” parecería que es la fórmula dinámica de estos pacientes.

Advertimos que hay un largo recorrido teórico desde el concepto de narcisismo como una depositación de libido en el Yo, hasta la idea de constituirse como una estructura psíquica que resulta la base misma de la identidad como sujeto y como ser sexuado. El tema no es nuevo y desde hace años fue abordado en toda su complejidad por André Green (1968). Sin embargo, hay que conceder, como hicimos notar desde el principio, que Freud ya calificó al narcisismo como una estructura de la personalidad o, al menos, como un rasgo de carácter que, andando el tiempo, Wilhelm Reich (1933) sistematizaría con el nombre de carácter fálico-narcisista, cuyas características tendrán mucho que ver con la dinámica del poder, de lo fálico; es decir, con el manejo de la agresión.

La importancia del tema abierto por Freud en su segunda teoría instintiva se patentiza por la ingente cantidad de trabajos y monografías dedicadas al

tema del narcisismo desde su mera publicación en 1914. Para ofrecer sólo una muestra de dicho interés y de la importancia concedida al tema, baste recordar una de las primeras monografías de la Asociación Psicoanalítica Internacional que, compilada por Joseph Sandler (1991), fue dedicada al estudio de Freud. El análisis de la temática narcisista, su lectura crítica y las diversas actualizaciones que el tema ha requerido

Para terminar, sólo quiero mencionar una anécdota. Cuando Julio Casillas en su atenta invitación a participar en tan selecta Mesa me advirtió que el tema sería el Narcisismo y que tenía que enfocarlo desde su conceptualización en México, me vi enfrentado a una misión imposible, tan imposible como el análisis mismo. De esta suerte, me lancé obsesivamente a recoger los trabajos consignados en nuestra revista *Cuadernos de Psicoanálisis*, desde su fundación hasta nuestros días, lo que resultó de una riqueza insospechada, pero a la vez, implicó aceptar el imperativo del Principio de la Realidad ante la imposibilidad de dar cuenta de las aportaciones contenidas en dichos estudios. Sería imposible acercarse siquiera a la enunciación de la multiplicidad de trabajos referidos al tema, así como a los abordajes de todo tipo con los que fueron tratados, indistinguibles por cierto de las aportaciones que encontramos en la literatura mundial sobre el tema.

Ante dicha disyuntiva, me tuve que circunscribir, de manera particularmente narcisista, al relato histórico acerca del primer grupo de estudios sobre el narcisismo habido en nuestra Asociación, allá por el año de 1975, grupo constituido por Hernán Solís, Juan Vives y José Camacho. El fruto de aquellas primeras discusiones quedó registrado en sendos trabajos recogidos en los números del año 1976 de *Cuadernos de Psicoanálisis* (Solís, 1976; Vives, 1976; Camacho, 1976). En aquella ocasión, José Camacho abordó el tema desde una suerte de introducción a los dos trabajos que le seguirán, y versó sobre una serie de consideraciones sobre dicho concepto del narcisismo partiendo de su conceptualización inicial en Freud, para luego referirse a las aportaciones de Abraham, Balint, Víctor Tausk, Heinz Hartmann, Jacques Lacan y Heinz Kohut. Hernán Solís eligió el tema del Narciso negativo, un trabajo pionero, en un enfoque cuyos conceptos se centraron en una perspectiva que privilegiaba el estudio de los instintos tanáticos en sus manifestaciones clínicas. Juan Vives se aproximó al tema de las heridas narcisistas en un personaje de la literatura con un carácter fálico-narcisista, y su muy particular forma de venganza en la que el despliegue de un intenso sadismo era su característica más conspicua.

A partir de estos tímidos inicios, son legión los trabajos publicados sobre el tema hasta llegar a nuestro tiempo en el que encontramos en el último número de nuestra revista, un trabajo, de Pilar Rodríguez (2022), sobre narcisismo maligno y su relación con la psicopatía. Por lo demás, sería imposible ni tan sólo nombrar toda la producción de nuestra Asociación y cualquier selección a realizar sería poco realista, además de injusta y, por lo que lo único que puedo hacer es recomendar fervientemente su consulta para leerla, para su detenido estudio y su respetuosa y consecuente discusión.

### **Referencias bibliográficas**

- ABRAHAM, K. (1908): Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz, en: **Psicoanálisis clínico**, trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959, pp. 48-59
- ABRAHAM, K. (1911): Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maniaco-depresiva y condiciones asociadas, en: **Psicoanálisis clínico**, trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959, pp. 104-118
- ABRAHAM, K. (1924): Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales, en: **Psicoanálisis clínico**, trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959, pp. 319-381
- BALINT, M. (1968): **The Basic Fault. Therapeutic Aspects of Regression**, Brunner/Mazel, New York
- BION, W.R. (1953): Notas sobre la teoría de la esquizofrenia, en **Volviendo a pensar**, trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1972, pp. 38-54
- BION, W.R. (1955): Desarrollo del pensamiento esquizofrénico, en **Volviendo a pensar**, trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1972, pp. 55-63
- BION, W.R. (1957): Diferenciación de las personalidades psicóticas y no psicóticas, en **Volviendo a pensar**, trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1972, pp. 64-91
- BOLLAS, C. (1989): **Fuerzas de destino. Psicoanálisis e idioma humano**, trad. de José Luis Etcheverry, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1993
- CAMACHO, J. (1976): Consideraciones sobre el concepto de narcisismo, **Cuadernos de Psicoanálisis** (México), IX (3-4): 36-43 no dejar doble espacio
- CHAGOYA, L. (1976): Gemelaridad y narcisismo, **Cuadernos de**

- Psicoanálisis** (México), IX (3-4): 95-114 no dejar doble espacio, así en todos los que siguen
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1998): Perversión, sexualidad, narcisismo, trad. de Cynthia Mansfield, **Rev. de Psicoanálisis**, LV (3): 687-690
- CIVITA, V. (1973): **Mitología**, Vol. 2, trad. de José Luis Vázquez, Raúl L. Carman y Beatriz Hagstrom, Abril, Sao Paulo (Brasil)
- FEDERN, P. (1952): **La psicología del yo y las psicosis**, trad. de Leandro Wolfson, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1984
- FERENCZI, S. (1916-17): Neurosis por enfermedad o patoneurosis, en: **Teoría y técnica del psicoanálisis**, trad. de Enrique Kenedy, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1967, pp. 63-72
- FREUD, S. (1873-1890): **Epistolario I**, trad. de Joaquín Merino, Plaza & Janés, Barcelona, 1970
- FREUD, S. (1905): Tres ensayos para una teoría sexual, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1169-1237
- FREUD, S. (1910a): Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1577-1619
- FREUD, S. (1910b): Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II, pp. 1631-1635
- FREUD, S. (1911): Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (“Dementia paranoides”) autobiográficamente descrito, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1487-1528
- FREUD, S. (1912-13): Tótem y tabú, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, 1973, Vol. II: 1745-1850
- FREUD, S. (1913): La disposición a la neurosis obsesiva. Una aportación al problema de la elección de neurosis, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1738-1743
- FREUD, S. (1914): Introducción al narcisismo, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2017-2033
- FREUD, S. (1915): Los instintos y sus destinos, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2039-2052

- FREUD, S. (1915-17): Lecciones introductorias al psicoanálisis, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2123-2412
- FREUD, S. (1917): Adición metapsicológica a la teoría de los sueños, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2083-2090
- FREUD, S. (1917): Duelo y melancolía, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2091-2100
- FREUD, S. (1920): Más allá del principio del placer, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2507-2541
- FREUD, S. (1921): Psicología de las masas y análisis del Yo, en: **Obras completas**, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2563-2610
- GONZÁLEZ CHAGOYÁN, J.L. y SOCORRO, H. (1979): El fenómeno del doble y la pareja, **Cuadernos de Psicoanálisis** (México), XII (1-2-3-4): 124-134
- GONZÁLEZ CHAGOYÁN, J.L. y JINICH WASONGARZ, A. (1980): Xolotl, el dios doble y las hermanas simbióticas, **Cuadernos de Psicoanálisis** (México), XIII (1-2-3-4): 114-125
- GREEN, A. (1968): **El narcisismo primario ¿estructura o estado?**, trad. de Floreal Maziá, Ed. Proteo, Buenos Aires, 1970
- GREEN, A. (1977): El concepto de fronterizo. Marco conceptual para la comprensión de los pacientes fronterizos, ordinario, en: **De locuras privadas**, trad. de José Luis Etcheverry, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1990, pp. 88-119
- GREEN, A. (1983): **Narcisismo de vida, narcisismo de muerte**, trad. de José Luis Etcheverry, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1986
- GREEN, A. (1984): Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante, en Green, A. *et al.*: **La pulsión de muerte**, trad. de Silvia Bleichmar, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1991, pp. 65-78
- GRUNBERGER, B. (1975): **El narcisismo**, trad. de J.C. Gularte, Ed. Triebe, Buenos Aires, 1979
- GUNTRIP, H. (1971): **El self en la teoría y la terapia psicoanalítica**, trad. de Matilde Horne, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1973
- HAGELIN, A. (1985): **Narcisismo. Mito y teoría en la obra de Freud**, Ed. Kargieman, Buenos Aires
- HORNSTEIN, L. (2000): **Narcisismo. Autoestima, identidad, alteridad**,

- Ed. Paidós, 3ª reimpr., Buenos Aires, 2006
- JONES, E. (1913): El complejo de Jehová, en: **Ensayos de Psicoanálisis aplicado**, trad. de Mario Giacchino, Ed. Tiempnuevo, Venezuela, 1971, pp. 179-201
- KERNBERG, O. (1975): **Borderline Conditions and Pathological Narcissism**, Jason Aronson, New York
- KERNBERG, O. (1976): **Object Relations Theory and Clinical Psychoanalysis**, Jason Aronson, New York
- KOHUT, H. (1971): **Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad**, trad. de Marco A. Galmarini y Marta Lucero, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1977
- KOHUT, H. (1977): **The Restoration of the Self**, Int. Univ. Press, New York
- LACAN, J. (1949): El estadio del espejo como formador de la función del yo [“je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica, en: **Escritos I**, trad. de T. Segovia, Siglo veintiuno ed., 5ª ed., México, 1977, pp. 11-18
- MAHLER, M.S. (1968): **Simbiosis humana: las vicisitudes de la individuación. I. Psicosis infantil**, trad. de Raquel Taylor y Ramón Parres, Ed. JoaquínMortiz, México, 1972
- MAHLER, M.S.; PINE, F. and BERGMAN, A. (1975): **The Psychological Birth of the Human Infant. Symbiosis and Individuation**, Basic Books, New York
- MASTERSON, J.F. (1981): **The Narcissistic and Borderline Disorders. An Integrated Developmental Approach**, Brunner/mazel, New York
- OVIDIO (8 d.C.): **Metamorfosis**, trad. de Antonio Ruiz de Elvira, Ed. Gredos, Madrid, 2016
- PAUSANIAS (160-180 d.C.): **Descripción de Grecia, Vol. III**, trad. de Antonio Tovar, Ed. Orbis, Barcelona, 1986
- PLATON: Banquete (Sobre el amor), en: **Diálogos socráticos**, trad. de Juan D. García Bacca, estudio preliminar de Ángel Vassallo, W.M. Jackson, 7ª ed., México, 1974, pp. 253-329
- RANK, O. (1925): **The double. A Psychoanalític Study**, ed. And transl. by Harry Tucker Jr., Karnak Books, London, 1989
- REICH, W. (1933): **Análisis del carácter**, trad. de Luis Fabricant, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972
- RODRÍGUEZ, P. (2022): Anatomía del poder: una aproximación psicoanalíticadesde la psicopatía y el narcisismo maligno, **Cuadernos**

- de Psicoanálisis** (México), LV (1-2): 53-60
- ROSENFELD, H.A. (1987): **Impasse e interpretación**, trad. de Ma. de los Ángeles Martínez García, Tecnipublicaciones, Madrid, 1990
- SANDLER, J. (1991) (comp.): **Estudio sobre “Introducción al Narcisismo” de Sigmund Freud**, Ed. Julián Yebenes, Madrid, 1991
- SOLÍS GARZA, H. (1976): El narciso negativo, **Cuadernos de Psicoanálisis** (México), IX (1-2): 79-98
- TAUSK, V. (1919): Acerca de la génesis del aparato de influir en el curso de la esquizofrenia, en: **Trabajos psicoanalíticos**, trad. de Hugo Acevedo, Granica Ed., Barcelona, 1977, pp. 181-221
- VIVES, J. (1976): La herida narcisista en *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias, **Cuadernos de Psicoanálisis** (México), IX (3-4): 44-58
- VIVES, J. (1988): Fases críticas en el desarrollo temprano, en Parres, R. (ed): **Psicoanálisis**, Memorias del XVI Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis y del XI Pre-Congreso Didáctico, FEPAL, México, 1988, Tomo I, pp. 319-325
- VIVES, J. (1991): Precursores del vínculo humano, **Neurología-Neurocirugía-Psiquiatría** (México), XXXI (1-2): 25-35
- VIVES, J. (1999): La violencia de Narciso (Reflexiones a propósito de *Diatriba de amor contra un hombre sentado*, obra teatral de Gabriel García Márquez), **Rev. Soc. Col. Psicoan.**, 24 (2): 295-307
- VIVES, J. (2013): **La muerte su pulsión. Una perspectiva freudiana**, Ed. Paidós, México
- VIVES, J. (2016): La transferencia y la presencia de lo negativo, **Cuadernos de Psicoanálisis** (México), XLIX (3-4): 5-17
- VIVES, J. y LARTIGUE, T. (coord.) (1994): **Apego y Vínculo Materno-Infantil**, Univ. de Guadalajara/Asociación Psicoanalítica Jaliscience, Guadalajara
- WINNICOTT, D.W. (1971): Le Corps et le Self, trad. de J. Kallmanovitch, **Nouvelle Revue de Psychanalyse**, 3:37
- WINNICOTT, D.W. (1971): **Realidad y juego**, trad. de Floreal Maziá, Ed. Gedisa, Barcelona, 1978